


SEBASTIÁN ROA



# NÉMESIS

Artemisia de Halicarnaso,  
la Centinela de Asia



A toda *hybris* sigue su némesis. Toda injusticia merece castigo. La injusticia la cometió Atenas. Atenas incitó a la rebelión contra Persia y amontonó la leña para los incendios que devoraron ciudad tras ciudad. El ateniense que prendió la llama fue Ameinias de Eleusis. Por eso Atenas también debe arder. Por eso Ameinias debe morir.

Siglo V a. C. Artemisia de Caria es una mujer singular. Última de su dinastía, gobierna Halicarnaso, ciudad leal al Imperio persa, y comanda su propio navío de guerra, el Némesis. Su llegada al poder ha sido de todo menos dulce: fuego, terror, mutilación y esclavitud sacudieron su ciudad y su linaje, marcando su destino. Su objetivo no es fácil: redimir el nombre de su familia y alzar al bien sobre el mal, lo justo sobre lo injusto, la verdad sobre la mentira.

Deberá encontrar al causante: un marino ateniense que navega en un siniestro trirreme negro, el Tauros. Aunque tenga que enfrentarse a las tormentas, hundir las naves de media Grecia y prender fuego a la propia Atenas. Eso la llevará a recorrer el laberinto de islas, bahías y puertos que cruzan el mar Egeo, y a descubrir si tiene la fuerza y la voluntad necesarias para cumplir su misión. Y todo bajo la amenaza de la inminente guerra entre persas y griegos.

Roa, uno de los grandes maestros de la novela histórica, regresa a la fascinante historia de las guerras médicas, hasta ahora protagonizada por reyes como Leónidas, estrategas como Temístocles o generales como Mardonio o Pausanias, pero nunca antes por una mujer real, feroz e inteligente, a veces enamorada, una intrépida navegante que se convirtió en el terror de los griegos en el Mar Egeo. A través del diálogo con un joven Heródoto, Artemisia nos contará su vida desde que, por los azares del destino, se convirtió en tirana de Halicarnaso, y aunque sufrió los más duros reveses, a to-

dos supo enfrentarse con valentía e ingenio, y estuvo a punto de cambiar la historia de Occidente.

*Esta es para Yaiza*







*For my will is as strong as yours,  
my kingdom as great...,  
you have no power over me.*

(Porque mi voluntad es tan fuerte como la tuya,  
mi reino igual de grande...,  
no tienes poder sobre mí). Trad. libre.

*Dentro del laberinto (Labyrinth)*  
Jim Henson

## NATURALMENTE, OTRO MANUSCRITO

El 13 de septiembre de 1994 llegó a mis manos un conjunto de pliegos sin título ni autor, pero con una dedicatoria en latín, añadida en el estrecho margen de la primera hoja:

*Emmanuel Martinus Gregorio Mayansio, doctissimo atque illustrissimo viro. Valentia Edetanorum. XVII Kal. Decembris, MDCCXXXI.*

El cuerpo del texto estaba en griego, uncial diminuta y muy perjudicada, con fragmentos ilegibles y otros casi destruidos. Nueve partes numeradas y no consecutivas: 1, 45, 81, 115, 160, 202, 243, 281 y 311.

Por aquel entonces yo acababa de llegar a Valencia para ocupar mi plaza como profesor de Filología Griega, y un alumno me hizo entrega de los pliegos, procedentes de una herencia. Junto a ellos había material curioso: un *Idiota sapiens* de Raynaud, *In Job commentaria* de Zúñiga, la *Grammatica arabica* de Van Erpe... Volúmenes que, de tan viejos, eran poco más que polvo aglutinado entre cubiertas de piel. Mi alumno, cuyo nombre ocultaré, pretendía donar el material para su estudio y archivo, pero antes quería que yo lo clasificara y, supongo, que tuviera en cuenta su interés a efectos de calificación académica. Finalmente me regaló el conjunto de pliegos, que acabé bautizando como *Manuscrito H-312*. Di salida a las demás obras y me lancé a traducirlo.

Lo que pensé desde la primera línea fue que se trataba de una falsificación, pero me surgieron dudas tras el análisis paleográfico. ¿Estaba ante algo auténtico, o el *H-312* era la fantasía de un escribano medieval? Según mis conclusio-



nes, pendientes aún de publicación, el manuscrito fue probablemente elaborado en el *scriptorium* de un monasterio hacia el siglo XI. Su autor, anónimo, es el mismo del famoso *Codex Angelicanus*, que se guarda en la romana Biblioteca Angélica.

¿Cuáles fueron, según creo, sus avatares? Por resumir diré que el *H-312* acompañó al *Angelicanus* durante cuatrocientos años, hasta que apareció en la biblioteca de José Sáenz de Aguirre, cardenal en Roma. De allí viajó a la colección particular de Manuel Martí y Zaragoza, gran humanista que, en 1731, lo regaló a su amigo Gregorio Mayans —y de ahí la dedicatoria en latín—. Este trasvase ya tuvo lugar en Valencia, y aquí se pierde de nuevo el rastro del *H-312* hasta que reaparece en el siglo XX, en un inmueble de la calle Poeta Querol. Mi impresión —e insisto en que se trata de conjeturas— es que Teresa Vives, nuera de Gregorio Mayans, vendió el conjunto de pliegos, tal como hizo con otras obras propiedad de su difunto suegro, a los Padres Agustinos Calzados. Esto ocurriría hacia 1801. Once años después, con el incendio del convento agustino durante la guerra de la Independencia, el *H-312* sufrió daños serios y perdió la mayor parte de su contenido. Calculo que un 92% de la obra desapareció. El resto es el breve conjunto de pliegos que yo poseo, el que mi alumno me regaló en 1994.

Y ahora vayamos con el contenido. Porque la sorpresa mayúscula llegó al descubrir lo que pretendía ser el *H-312*: la copia de una obra perdida de Heródoto, escrita en el siglo V a. C., cuando era joven y aún vivía en Halicarnaso. Mucho antes de su destierro y de crear la obra que lo haría realmente famoso: sus *Historias*. Heródoto, referente para todo el que conozca los orígenes de nuestra civilización, considerado el primero entre los historiadores.

Se sabe que Heródoto compuso al menos otras dos obras, *Hechos líbicos* y *Hechos asirios*, pues hay testimo-

nios de su existencia un siglo después de que las escribiera. Sin embargo, en algún momento desaparecieron y no se conoce su contenido. Tampoco el escrito original de las *Historias* ha llegado hasta nosotros. Lo que tenemos son copias recuperadas de distintos tiempos y lugares. Fragmentos de papiro hallados en Egipto, volúmenes incompletos de pergamino cuya referencia más temprana es su integración en una biblioteca florentina, algunos códices en Roma, otros en París...

Y ahora tenemos el *Manuscrito H-312*. ¿Es lo que parece ser? Resulta imposible recobrar lo perdido, y es poquísimo lo que se conserva en estado legible. Lo que aquel monje del siglo XI copió en su *scriptorium*. ¿Pretendía hacerlo pasar por una auténtica obra de juventud de Heródoto? ¿O fue un simple ejercicio literario? Durante estos años he acariciado el proyecto de completar las lagunas con imaginación, pero no dispongo del talento necesario. Por eso es mi deseo entregar una traducción de los pliegos a un buen amigo: que sea él, con su capacidad para la ficción, quien rellene los huecos del *H-312*. ¿Tenemos algo que perder? Sinceramente, no lo creo. Al fin y al cabo, seguro que esto no es más que una gran mentira.

Marcos M.

Valencia, 31 de octubre de 2017

## Capítulo I

*Sworn to avenge,  
condemned to hell.  
Tempt not the blade,  
all fear the sentinel.*

(Juramentada para vengarse,  
condenada al infierno.  
No tentéis al filo,  
temed todos a la Centinela). Trad. libre.

*The sentinel* (1984, *Judas Priest: Defenders of the  
Faith*)  
Downing/Halford/Tipton

## DEL MANUSCRITO DE HERÓDOTO FRAGMENTO 1

*Es el primer año del reinado de Artajerjes, hijo de Jerjes, el persa; gran rey, rey de reyes y rey de las tierras. Y esta es la exposición de las visitas que Heródoto de Halicarnaso cumple a la señora Artemisia de Caria, hija de Ligdamis, para poner de manifiesto sus notables hazañas y las singulares empresas que afrontó, tanto para sí misma como por el padre del gran rey, y en especial lo que atañe al enfrentamiento entre griegos y persas.*

*El segundo año del reinado del difunto Jerjes, hijo de Darío, fue el de mi nacimiento en Halicarnaso. Es por ello por lo que mi conocimiento de aquella guerra, sucedida cuando yo era un niño, no es propio y directo, si bien puedo obtenerlo de quienes la vivieron. Así pues, he solicitado en varias ocasiones que la misma señora de Halicarnaso, protagonista indiscutible, me hiciera sabedor de los hechos. Sus tareas de gobierno son ya pocas, pues su hijo se ocupa en gran medida de lo que conviene a la ciudad y a las islas que le rinden tributo. Verdad es que la señora, como antaño, gusta de salir a navegar, y es frecuente que transcurran semanas sin que en Halicarnaso sepamos dónde se encuentra nuestra soberana. Pero es llegado el mes de Markásanash, que los atenienses llaman Memacterión; y una vez cerrada la temporada de navegación, la señora Artemisia ha dado orden de que comparezca en palacio. Me ha informado de su complacencia por mi interés en contar estas historias, más*

aún por ser yo vástago de ilustre familia halicarnasia y sobrino de su bien amado amigo y servidor Paniasis. También se interesa en que realce la fama del difunto Jerjes y de sus súbditos, entre los que mi señora Artemisia logró posición de no poca importancia. Sobre todo, considera que es merecido tributo para la persona del añorado rey Jerjes que aquí se narre la verdad, que es lo que él habría deseado por haber sido durante su vida un declarado enemigo de la mentira. Y también para acallar las voces calumniadoras, tanto persas como extranjeras, que tras su muerte se empeñan en faltar a la justicia en el retrato de tan magnífico rey.

Alzo la mirada desde mi escrito. Artemisia de Caria espera sonriente, acomodada sobre un diván en el salón principal de palacio. Agita con suavidad la copa mediada de vino. Tengo dispuestos pliegos de papiro egipcio sobre la mesa; suficientes para escribir una larga historia. A mi espalda, la estancia se abre a una galería encarada al mar. La brisa nos trae voces de pescadores atareados, gritos de chiquillos y graznidos de gaviotas. Apunto todos estos detalles, tal como me enseñó mi tío Paniasis. También describo la cámara, amplia y luminosa, con columnas rojas y numerosos adornos, casi todos trofeos de guerra: escudos, gallardetes, lanzas, espadas. Mi vista acude al objeto que preside la estancia desde la pared del fondo. Es la sagaris, el hacha doble de nuestra soberana. Los halicarnasios nos hemos acostumbrado a verla en los estandartes de los trirremes y en las piedras talladas de los templos. La señora Artemisia advierte que mi atención se ha fijado en el arma. Se levanta, deja la copa junto al papiro y cruza el aposento con el caminar pausado de quien ya no tiene prisa, pues hizo todo lo que había que hacer. Descuelga la sagaris. Se me hace extraño ver el hacha de doble



hoja en manos de una mujer, pero ¿qué otra cosa podría esperarse de esta? La tirana de Halicarnaso luce sus ropas de buena factura y me ha recibido engalanada, así acostumbra al despachar en palacio. Aunque su aspecto no es el de una dama de buena familia, como mi madre. De esas que permanecen en el gineceo u ocupadas en la gobernanza del hogar, con la palidez resguardada de la intemperie y el cabello cubierto por el velo. Mi señora Artemisia no se avergüenza de su pelo castaño veteado de experiencia, ni de la vieja cicatriz que marca su frente. Ni de su tez madurada por el sol y el salitre. Pequeños surcos se entrecruzan junto a sus ojos color miel y en el dorso de sus manos. Delatan el mucho tiempo que ha pasado al descubierto, con los párpados entornados y la mirada fija en el horizonte, observando el mar de fondo en proa o dirigiendo la navegación en su sitial, a popa. Pliegues prolongan su boca y revelan su tendencia a la sonrisa. Porque mi señora sonrío casi siempre. Ahora mismo sonrío, mientras hace girar la sagaris entre sus manos. Las hojas, bruñidas, reflejan el sol que entra rasante desde el lado del mar. El rostro de Artemisia se ilumina y se oscurece al ritmo que marca la rotación del hacha. La detiene de golpe. Creo que se observa en el metal. Ensancha su sonrisa cuando mueve la cabeza ante el improvisado espejo doble. Como si cada hoja le mostrara una cara distinta. Como si acabara de descubrirse.

—He cambiado mucho desde que todo empezó.

No es mi intención escribir al dictado, pero registro lo que mi señora ha dicho. Mi tío Paniasis me diría que he de ser moderado. Aventar, filtrar, seleccionar. Sobre todo, callar y escuchar. Siento curiosidad, sin embargo.

—¿Cómo eras, señora, cuando todo empezó?

Ella sigue fija en su reflejo doble.

—No muy distinta de cualquier muchacha caria.

Cuesta creerlo. Que sobre esa muchacha caria llegara a pesar la ira de tantos griegos. Que, contra su entrega como cautiva, se prometiese una recompensa de diez mil dracmas. Cuesta creer, sí, que fuera capaz de dirigir naves y aun flotas, y que de ella llegara a decir lo que dijo el difunto gran rey Jerjes. Que inspirara tanto miedo a los atenienses como el que sus antepasados padecieron por culpa de las terribles Amazonas.

—¿Y cómo es posible, mi señora, que una muchacha caria, no muy distinta de cualquier otra muchacha caria, se convirtiera en la peor enemiga de Atenas?

Vuelve al diván, misma parsimonia. Reposa la sagaris sobre su regazo. Percibo que la charla preliminar ha terminado. Aprovecho la pausa, cargo el cálamo, tomo aire. Aguardo mientras ella prepara sus palabras.

—Un griego te diría, joven Heródoto, que el destino lo decidió así. Ni los dioses pueden huir de su hado, ¿verdad? Fácil empresa, pues libra de responsabilidad. ¿Cómo podría yo haberme sustraído de acarrear grandes males a los griegos, si es lo que estaba predestinado?

»Un persa, por el contrario, asegurará que es el hombre quien talla su futuro con sus pensamientos, palabras y obras. Somos responsables de nuestros actos. Así lo creo yo también. Por eso me convertí, muy a sabiendas, en adversaria de Atenas. Por eso acepté que se pusiera precio a mi libertad y a mi vida. Por eso hice todo lo posible para evitar que los griegos me capturaran, y por eso me declaro culpable de los muchos incordios que causé por mar y por tierra a nuestros enemigos.

»Así pues, aquello fue posible porque yo lo quise. Apliqué mi voluntad, construí el destino. Sin aguardar